

cundos como es de desearse, hay que hacer toda clase de sacrificios para que la cabeza visible de la Iglesia ejerza su ministerio supremo con entera libertad, en ménos palabras, hay que ofrecer al Padre Santo oblaciones voluntarias sin ningun género de coaccion, y tan espontáneas como la sumision que le debemos y el amor que le profesamos verdaderamente filial.—No han faltado protectores entusiastas de la Santa Sede que han querido repartir la suma que calculaban suficiente para que viese con deshago; y aun se ha indicado al Soberano Pontífice, que apoye con su autoridad esa distribucion y su reglamento; mas como su Santidad nada pide, nada exige, nada quiere de compromiso y ménos de fuerza coactiva de ningun género, ha rehusado con singular tino y suma delicadeza esas insinuaciones, dejando á la prudencia de los obispos y á la adhesion y generosidad de los fieles el escogitar y poner en práctica, segun las circunstancias de cada país, las providencias más eficaces y oportunas con que puedan remediarse las necesidades imperiosas cada dia mas apremiantes de nuestro actual Pontífice, no en lo personal, sino como Soberano de la gran familia católica bajo el concepto de que nunca jamás dirá: "tanto necesario y ménos tanto exijo; porque tanto me falta." Aceptará lo que se le dé: lo aplicará segun su prudencia y sabiduría y si algo queda á su inversion será altamente benéfica á la Religion.—Definido así el carácter propio de los donativos que todos los católicos debemos enviar al sucesor de S. Pedro, la cuota respecto de cada uno de los donantes será la que les dicte su amor á la Iglesia, á Nuestro Señor Jesucristo su fundador y á su Vicegerente en la tierra, reglado por la prudencia y segun las facultades de cada uno. Sin embargo, para que á ninguno se haga pesado el contribuir, se admitirá y aun se recibirá con gusto por todos los encargados ó comisionados del Obolo cualquiera cantidad por insignificante que sea en dinero ó en especie.—Deberia seguir en este lugar el reglamento de la colectacion; pero dejamos ésta al juicio prudente de las personas que nombraremos para la Capital y curatos de cordillera, y á la discrecion de los vicarios foráneos, quienes se dirigirán a cada uno de los parrocos y vicarios fijos y auxiliares de su respectiva demarcacion, y cuyas respuestas enviarán luego á nuestra Secretaria, recomendándoles únicamente que cuanto se colecte en cada año, se remita con toda seguridad á la misma oficina pudiendo rotularse las comunicaciones indistintamente al Sr. Maestre—escuelas Lic. D. Gil Alaman ó al eclesiástico Lic. D. Tirso Rafael Córdova, y procurando que la suma total esté remitida aquí para el dia 8 de Diciembre de cada año, á fin de aprovechar para el cambio sobre Europa, el Paquete

Frances ó el Inglés y situar en Roma todo lo colectado para el 20 de Febrero, glorioso aniversario de la exaltacion de N. Smo. Padre al trono pontificio. Esta será la mejor accion de gracias que podemos tributar á Dios Nuestro Señor por el bien que nos dispensa con la conversion de tan gran Papa, y la más adecuada felicitacion al insigne Leon XIII el dia conmemorativo de un suceso imponderable por la gravedad de sus magníficos resultados, y de inefable júbilo para los buenos y sinceros católicos.—Como un poderoso estímulo para todos los fieles, se leerá esta circular *inter missarum solemnias* el domingo siguiente el dia en que se reciba.—Firmada por Nos, y por nuestro infrascrito secretario de cámara el 30 de Julio de 1879.—P. A., arzobispo de México.—Lic. Ignacio Martínez Barros, secretario.

CIRCULAR 3ª Señor Vicario Foráneo.

El Illmo. Sr. Arzobispo me encarga decir á V. como lo hago, que S. S. Illma. desea que con todo celo, eficacia y empeño excite á los señores curas de la comprension de esa vicaría foránea, á fin de que procuren la colectacion del Obolo de S. Pedro, y de que del 25 al 30 del corriente remitan á esta Capital lo que hayan colectado ó colectaren para que pueda mandarse á Roma en el mes próximo de Enero.—Lo que comunico á V. para su inteligencia reiterándole mi consideracion y aprecio.—Dios Nuestro Señor guarde á V. muchos años. México, Diciembre 1º de 1879.—Lic. Ignacio Martínez Barros, secretario.

#### OBRAS DE SANTO TOMAS.

*Carta Encíclica.—A los venerables hermanos Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del orbe católico que conservan la gracia y comunión con la Iglesia Apostólica, Leon Papa XIII.*

Venerables hermanos: salud y bendicion apostólica. El Hijo Unigénito del Eterno Padre, que apareció sobre la tierra para traer al humano linaje la salvacion y la luz de la divina sabiduría, hizo ciertamente un grande y admirable beneficio al mundo cuando, habiendo de subir nuevamente á los cielos, mandó á los Apóstoles que fuesen á enseñar á todas las gentes, y dijo á la Iglesia por El fundada por comun y suprema maestra de los pueblos. Pues los hombres, á quien la verdad habia libertado, debian ser conservados por la verdad; ni hubieran durado por largo tiempo los frutos de las celestiales doctrinas, por los que adquirió el hombre la salud, si Cristo Nuestro Señor no hubiese constituido un magisterio perenne para

las cosas de él invisibles, se ven despues de la creacion del mundo. consideradas por las obras criadas, aun su sempiterna virtud y divinidad, y las gentes que no tienen la ley. . . sin embargo, muestran la obra de la ley escrita en sus corazones. Es, pues, sumamente oportuno que estas verdades, aun reconocidas por los mismos sabios paganos, se conviertan en provecho y utilidad de la doctrina revelada, para que, en efecto, se manifieste que tambien la humana sabiduría y el mismo testimonio de los adversarios favorecen á la fé cristiana. Cuyo modo de obrar consta que no ha sido recientemente introducido, sino que es antiguo, y fué usado muchas veces por los santos Padres de la Iglesia. Aun más: estos venerables testigos y custodios de las tradiciones religiosas, reconocen cierta norma de esto, y casi una figura en el hecho de los hebreos que, al tiempo de salir de Egipto, recibieron el mandato de llevar consigo los vasos de oro y plata de los egipcios, para que, cambiado repentinamente su uso, sirviese á la religion del Dios verdadero aquella vajilla, que ántes habia servido para ritos ignominiosos y para la supersticion. Gregorio Neocesaense alaba á Orígenes, porque convirtió, con admirable destreza, muchos conocimientos tomados ingeniosamente de las máximas de los infieles, como dardos casi arrebatados á los enemigos en defensa de la filosofía cristiana y en perjuicio de la supersticion.

Y el mismo modo de disputar alaban y aprueban ya Basilio el Grande, ya Gregorio Nacienceno, ya Gregorio Niseno, y Gerónimo le recomienda grandemente en Cuadrato, discípulo de los Apóstoles, en Aristedes, en Justino, en Ireneo y otros muchos. Y Agustin dice: *¿No vemos con cuanto oro y plata, y con qué vestidos salió cargado de Egipto Cipriano, doctor suavísimo y mártir beatísimo? ¿Con cuánto Lactancio? Con cuánto Vitorino Optato, Hilario? Y para no hablar de los vivos, ¿con cuánto innumerables griegos?* Verdaderamente, si la razon natural dió tan ópima semilla de doctrina ántes de ser fecundada con la virtud de Cristo, mucho más abundante la producirá ciertamente despues que la gracia del Salvador restauró y enriqueció las fuerzas naturales de la humana mente. ¿Y quién no vé que con este modo de filosofar se abre un camino llano y practicable á la fé?

No se circunscribe, no obstante, dentro de estos límites la utilidad que dimana de aquella manera de filosofar. Y realmente las páginas de la divina sabiduría reprenden gravemente la necesidad de aquellos hombres que de los bienes que se ven no supieron conocer al que es, ni considerando las obras reconocieron quién fuese su artífice. Así en primer lugar el grande

y excelentísimo fruto que se recoje de la razon humana es el demostrar que hay un Dios: *pues por la grandeza de la hermosura y de la criatura se podrá á las claras venir en conocimiento del Creador de ellas.* Despues demuestra (la razon) que Dios sobresale singularmente por la reunion de todas las perfecciones, primero por la infinita sabiduría, á la cual jamás puede ocultarse cosa alguna, y por la suma justicia, á la cual nunca puede vencer afecto alguno perverso; por lo mismo que Dios, no sólo es veraz, sino tambien la misma verdad, incapaz de engañar y de engañarse. De lo cual se sigue clarísimamente que la razon humana granjea á la palabra de Dios plénisima fé y autoridad. Igualmente la razon declara que la doctrina evangélica brilló aun desde su origen por ciertos prodigios, como argumentos ciertos de la verdad, y que, por lo tanto, todos los que creen en el Evangelio no creen temerariamente, como si siguiesen doctas fábulas, sino que con un obsequio del todo racional, sujetan su inteligencia y su juicio á la divina autoridad. Entiéndase que no es de menor precio el que la razon ponga de manifiesto que la Iglesia instituida por Cristo, como estableció el Concilio Vaticano, *por su admirable propagacion, eximia santidad é inagotable fecundidad en todas las regiones, por la unidad católica é invencible estabilidad, es un grande y perenne motivo de credibilidad y testimonio irrefragable de su divina mision.*

Puestos así estos solidísimos fundamentos, todavía se requiere un uso perpétuo y múltiple de la filosofía para que la sagrada teología tome y vista la naturaleza, hábito é índole de verdadera ciencia. En esta, la más noble de todas las ciencias, es grandemente necesario que las muchas y diversas partes de las celestiales doctrinas se reúnan como en un cuerpo, para que cada uno de ellas, convenientemente dispuesta en su lugar, y deducida de sus propios principios, esté relacionada con las demás por una conexion oportuna; por último, que todas y cada una de ellas se confirmen en sus propios é invencibles argumentos. Ni se ha de pasar en silencio, ó estimar en poco, aquel más diligente y abundante conocimiento de las cosas que se creen, y la inteligencia un poco más clara en lo posible de los mismos misterios de la fé, inteligencia que Agustin y otros santos Padres alabaron y procuraron conseguir, y que el mismo Concilio Vaticano juzgó fructuosísima, y ciertamente conseguirán más perfecta y facilmente este conocimiento y esta inteligencia aquellos que, con la integridad de la vida y el amor á la fé, reúnan un ingenio adornado con las ciencias filosóficas, especialmente enseñando el Sinodo Vaticano que esta misma inteligencia de los sagrados dogmas

conviene tomarla ya de la analogía de las cosas que naturalmente se conocen, ya del enlace de los mismos misterios entre sí y con el fin último del hombre.

Por último: también pertenece á las ciencias filosóficas defender religiosamente las verdades enseñadas por revelacion y resistir á los que se atrevan á impugnarlas. Bajo este respecto es grande alabanza de la filosofía ser considerada baluarte de la fé y firme defensa de la religion. Como atestigua Clemente Alejandrino, "es por sí misma perfecta la doctrina del Salvador y de ninguno necesita, siendo virtud y sabiduría de Dios. La filosofía griega que se le une no hace más poderosa la verdad; pero haciendo débiles los argumentos de los sofistas contra aquella, y rechazando las engañosas asechanzas contra la misma, fué llamada oportuna cerca y vallado de la viña." Ciertamente, así como los enemigos del nombre cristiano para pelear contra la religion toman muchas veces de la razon filosófica sus instrumentos bélicos, así los defensores de las ciencias divinas toman del arsenal de la filosofía muchas cosas con que poder defender los dogmas revelados. Ni se ha de juzgar que obtengan pequeño triunfo la fé cristiana, por que las armas de los adversarios preparadas por arte de la humana razon para hacer daño, sean rechazadas poderosa y prontamente por la misma humana razon.

Esta especie de religioso combate fué usada por el mismo Apóstol de las gentes como lo recuerda S. Gerónimo escribiendo á Magno: "Pablo capitán del ejército cristiano, y orador invicto; defendiendo la causa de Cristo, hace servir con arte una inscripcion fortuita para argumento de la fé; habia aprendido del verdadero David á arrancar la espada de manos de los enemigos, y á cortar la cabeza del soberbio Goliath con su espada." Y la misma Iglesia, no solamente aconseja, sino que también manda que los doctores católicos pidan este auxilio á la filosofía. Pues el Concilio Lateranense V, despues de establecer "que toda asercion contraria á la verdad de la fé revelada es completamente falsa, porque la verdad jamás se ocupó á la verdad," manda á los doctores de filosofía que se ocupen diligentemente en resolver los engañosos argumentos, pues, como textifica Agustino, "si se da una razon contra la autoridad de las Divinas Escrituras, por más aguda que sea, engañará con la semejanza de verdad; pero no puede ser verdadera.

Más para que la filosofía sea capaz de producir los preciosos frutos que hemos referido, es de todo punto necesario que jamás se aparte de aquellos trámites que siguió la veneranda antigüedad de los Padres y aprobó el Concilio Vaticano con

el solomne sufragio de la autoridad. En verdad está claramente averiguado que se han de aceptar muchas verdades del orden sobrenatural que superan con mucho las fuerzas de todas las inteligencias; la razon humana concedora de la propia debilidad, no se atreve á aceptar cosas superiores á ellas, ni negar las mismas verdades, ni medirlas con su propia capacidad, ni interpretarlas á su antojo; ántes bien, debe recibirlas con plena y humilde fé y tener á sumo honor el serla permitido por beneficio de Dios servir como esclava y servidora á las doctrinas celestiales, y de algun modo llegarlas á conocer. En todas estas doctrinas principales, que la humana inteligencia no puede percibir naturalmente, es muy justo que la filosofía use de su método, de sus principios y argumentos; pero no de tal modo que parezca querer sustraerse á la divina autoridad. Antes, constando que las cosas conocidas por revelacion gozan de una verdad indisputable, y que las que se oponen á la fé pugnan también con la recta razon, debe tener presente el filósofo católico que violará á la vez los derechos de la fé y de la razon, abrazando algun principio que conoce que repugna á la doctrina revelada.

Sabemos muy bien que no faltan quienes, ensalzando más de lo justo las facultades de la naturaleza humana, defienden que la inteligencia del hombre, una vez sometida á la autoridad divina, cae de su natural dignidad, y que, como humillada con el yugo de la esclavitud, está ligada y como impedida para que no pueda llegar á la cumbre de la verdad y de la excelencia. Pero estas doctrinas están llenas de error y de falacia, y finalmente tienden á que los hombres, con suma necesidad, y no sin el crimen de ingrattud, repudien las más sublimes verdades, y espontaneamente rechacen el beneficio de la fé, de la cual aun para la sociedad civil brotaron las fuentes de todos los bienes. Pues hallandose encerrada la humana mente en ciertos y muy estrechos límites, está sujeta á muchos errores y á ignorar muchas cosas. Por el contrario, la fé cristiana, apoyandose en la autoridad de Dios, es maestra infante de la verdad; siguiendo la cual ninguno cae en los lazos del error ni es agitado por las olas de inciertas opiniones. Por lo cual, los que unen el estudio de la filosofía con la obediencia á la fé cristiana, razonan perfectamente, supuesto que el esplendor de las divinas verdades recibido por el alma, auxilia la inteligencia, á la cual no quita nada de su dignidad, sino que la añade muchísima nobleza, penetracion y energia. Y cuando dirigen la perspicacia del ingenio á rechazar las sentencias que repugnan á la fé y á aprobar las que concuerdan con ésta, ejercitan digna y utilissimamente las razones:

pues en lo primero descubren las causas del error y conocen el vicio de los argumentos, y en lo último están en posesion de las razones con que se demuestra sólidamente y se le persuade á todo hombre prudente de la verdad de dichas sentencias. El que niegue que con esta industria y ejercicio se aumentan las riquezas de la mente y se desarrollan sus facultades, es necesario que absurdamente pretenda que no conduce al perfeccionamiento del ingenio la distincion de lo verdadero y de lo falso. Con razon el Concilio Vaticano recuerda con estas palabras los beneficios que á la razon presta la fé: La fé libra y defiende á la razon de los errores y la instruye en muchos conocimientos. Y por consiguiente, el hombre, si lo entendiese, no debia de culpar á la fé de enemiga de la razon, antes bien, debia de dar dignas gracias á Dios y alegrarse vehementemente de que entre las muchas causas de la ignorancia, y en medio de las olas de los errores, le haya iluminado aquella fé santísima que, como amiga estrella, indica el puesto de la verdad, excluyendo todo temor de errar.

Porque, venerables hermanos, se dirigís una mirada á la historia de la filosofia, comprenderéis que todas las cosas que ántes hemos dicho se comprueban con los hechos. Y ciertamente, de los antiguos filósofos que carecieron del beneficio de la fé, aun los que son considerados como más sábios, erraron pésimamente en muchas cosas. Sabéis cuántas cosas falsas é indecorosas, cuántas inciertas y dudosas, entre algunas verdaderas, enseñaron sobre la verdadera naturaleza de la Divinidad, sobre el origen primitivo de las cosas, sobre el gobierno del mundo, sobre el conocimiento divino de las cosas futuras, sobre la causa y principio de los males, sobre el último fin del hombre y la eterna bienaventuranza, sobre las virtudes y los vicios, y sobre otras doctrinas cuyo verdadero y cierto conocimiento es la cosa más necesaria al género humano. Por el contrario, los primeros Padres y Doctores de la Iglesia, que habian entendido muy bien que por decreto de la divina voluntad el restaurador de la ciencia humana era tambien Jesucristo, que es la virtud de Dios y de su sabiduría, y en el cual están escondidos los tesoros de la sabiduría, trataron de investigar los libros de los antiguos sábios y de comparar sus sentencias con las doctrinas reveladas, y con prudente eleccion abrazaron las que en ellos vieron perfectamente dichas y sabiamente pensadas, enmendando y rechazando todas las demas. Pues así como Dios, infinitamente pródigo, suscitó para defensa de la Iglesia mártires fortísimos, pródigos de sus grandes almas, contra la crueldad de los tiranos, así á los falsos filósofos ó herejes opuso varones grandísimos en sa-

biduría que defendiesen, aun con el apoyo de la razon, el depósito de las verdades reveladas. Y así desde los primeros dias de la Iglesia la doctrina católica tuvo adversarios muy hostiles que, burlándose de los dogmas é instituciones de los cristianos, sostenian la pluralidad de dioses, que la materia del mundo careció de principio y de causa, y que el curso de las cosas se conservaba mediante una fuerza ciega y una necesidad fatal, y no era dirigido por el consejo de la Divina Providencia. Ahora bien; con estos maestros de disparatada doctrina disparataron oportunamente aquellos sábios que llamamos *Apologistas*, quienes, precedidos de la fé usaron tambien los argumentos de la humana sabiduría con los que establecieron que debe ser adorado un solo Dios excelentísimo en todo género de perfecciones, que todas las cosas que han sido sacadas de la nada por su omnipotente virtud subsisten por su sabiduría, y cada una se mueve y dirige á sus propias fines.

Ocupa el primer puesto entre éstos *S. Justino* mártir, quien despues de haber recorrido las más célebres academias de los griegos para adquirir experiencia, y haber visto, como á boca llena él mismo confiesa, que la verdad solamente puede sacarse de las doctrinas reveladas, abrazándolas con todo ardor de su espíritu, las purgó de calumnias, las defendió animosa y elocuentemente ante los Emperadores romanos y no en pocas sentencias de los filósofos griegos convino con éstos. Lo mismo hicieron excelentemente por este tiempo *Cuadrato y Aristides, Hermias y Atenágoras*. Ni menor gloria consiguió por el mismo motivo *Ireneo*, mártir invicto y obispo de la iglesia de Lyon, quien refutando valerosamente las perversas opiniones de los orientales disemanadas marcad á los gnósticos por todo el imperio romano *explicó* segun *S. Gerónimo*, *los principios de cada una de las herejías y de qué fuentes filosóficas emanaron*. Todos conocen las disputas de *Clemente Alejandrino* que el mismo Gerónimo para honrarlas recuerda así: *¿Qué hay en ellas de indocto? Y más, ¿qué no hay de la filosofia media?* El mismo trató con increíble variedad de muchas cosas utilísimas para fundar la filosofia de la historia, ejercitar oportunamente la dialecta, establecer la concordia entre la razon y la fé. Siguiendo á éste *Orígenes* insigne en el magisterio de la iglesia alejandrina, eruditísimo en las doctrinas de los griegos y de los orientales dió á luz muchos y eruditos volúmenes para explicar las sagradas Letras y para ilustrar los dogmas sagrados, cuyas obras, aunque, como hoy existen no carezcan absolutamente de errores, contienen no obstante, gran cantidad de sentencias, con las que se aumentan las verdades naturales en número y en firmeza. *Tertuliano*

combate contra los herejes con la autoridad de las sagradas Letras, y con los filósofos, cambiando el género de armas filosóficamente; y conviene á éstos tan sutil y eruditamente, que á las claras y con confianza les dice: *Ni en la ciencia ni en el arte somos igualados, como pensáis vosotros.* Arnabio, en los libros publicados contra los herejes, y *Lactancio*, especialmente en sus *Instituciones divinas*, se esfuerzan valerosamente por persuadir á los hombres, con igual elocuencia y gallardía, de la verdad de los preceptos de la sabiduría cristiana, no destruyendo la filosofía como acostumbrañ los académicos, sino convenciendo á aquellos en parte con sus propias armas, y en parte con las tomadas de la lucha de los filósofos entre sí.

Las cosas que del alma humana, de los divinos atributos y otras cuestiones de suma importancia dejaron escritas el gran Atanasio y Crisóstomo, el príncipe de los oradores, de tal manera, á juicio de todos, sobre salen, que parece no poderse añadir casi nada á su perspicacia y riqueza. Y para no ser catálogo de los excelsos varones de que se ha hecho mención, á Basilio el Grande y á los dos Gregorios, quienes habiendo salido de Atenas, empório de las humanas letras, equipados abundantemente con todo el armamento de la filosofía, convirtieron aquellas mismas ciencias, que con ardoroso estudio habian adquirido, en refutar á los herejes é instruir á los cristianos. Pero á todos arrebató la gloria Agustín, quien de ingenio poderoso, é imbuido perfectamente en las creencias sagradas y profanas, luchó acérrimamente contra todos los errores de sus tiempos, con fé suma y no menor doctrina. ¿Qué punto de la filosofía no trató, y aun más, cual no investigó diligentísimamente ora cuando, reducidas á la nada las fábulas de los maniqueos ó académicos, colocaba sobre tierra firme los fundamentos de la humana ciencia y su estabilidad, ó indagaba la razon del origen y la causa de los males que oprimen al género humano? ¿Cuánto no discutió sutilísimamente acerca de los ángeles, del alma, de la mente humana, de la voluntad y del libre albedrío, de la religion y de la vida bienaventurada, y aun de la misma naturaleza de los cuerpos mudables? Después de este tiempo, en el Oriente *Juan Damasceno* siguiendo las huellas de Basilio y Gregorio de Nazianzo, y en Occidente *Boecio* y *Anselmo*, profesando las doctrinas de Agustín, enriquecieron muchísimo el patrimonio de la filosofía.

Enseguida los Doctores de la Edad Media, llamados escolásticos, acometieron una obra magna, á saber: reunir diligentemente las fecundas y abundantes mieses de doctrina, refundidas en las voluminosas obras de los santos Padres, y, reu-

nidas, colocarlas en un solo lugar para uso y comodidad de los venideros. Cuál sea el origen, la índole y la excelencia de la ciencia, es útil aquí, venerables hermanos, mostrarlo más difusamente con las palabras del sapientísimo varón nuestro predecesor Sixto V. "Por don divino de Aquel, único que dá el espíritu de la ciencia, de la sabiduría y del entendimiento, y que entriquece con nuevos beneficios á su Iglesia en la cadena de los siglos; según lo reclama la necesidad, y la provee de nuevos auxilios cuando lo reclama la necesidad, fué hallada por nuestros santísimos mayores la Teología Escolástica, la cual cultivaron y adornaron principalmente dos gloriosos doctores: el angélico Santo Tomás y el seráfico S. Buenaventura, clarísimos profesores de esta facultad. . . con ingenio excelente, asiduo estudio, grandes trabajos y vigiliias y la legaron á la posteridad dispuesta óptimamente y explicada con brillantez de muchas maneras. Y en verdad, el conocimiento y ejercicio de esta saludable ciencia, que fluye de las abundantísimas fuentes de las divinas Letras, sumos Pontífices, santos Padres y Concilios, pudo siempre proporcionar grande auxilio á la Iglesia, ya para entender é interpretar verdadera y sabiamente las mismas Escrituras, ya para leer y explicar más segura y útilmente los Padres, ya para descubrir y rebatir los varios errores y herejías; pero en estos últimos dias, en que llegaron ya los tiempos peligrosos descritos por el Apóstol, y hombres blasfemos, soberbios, seductores crecen en maldad; errando é induciendo á otros á error, es en verdad necesarísima para confirmar los dogmas de la fé católica y para refutar las herejías." Palabras son éstas que, aunque parezcan abrazar solamente la Teología escolástica, está claro que deben entenderse tambien de la filosofía y sus alabanzas. Pues las preclaras dotes que hacen tan temibles á los enemigos de la verdad la Teología escolástica, "como dice el mismo Pontífice, aquella oportuna y enlazada coherencia de causas y de cosas entre sí, aquel orden y aquella disposicion como la formacion de los soldados en batalla; aquellas claras definiciones y distinciones; aquella firmeza de los argumentos y las agudísimas disputas en que se distinguen la luz de las tinieblas, lo verdadero de lo falso, las mentiras de los herejes envueltas en muchas apariencias y falacias que, como si se les quitase el vestido, aparecen manifiestas y desnudas;" estas excelsas y admirables dotes, decimos, se derivan únicamente del recto uso de aquella filosofía que los maestros Escolásticos, de propósito y con sabio consejo, acostumbraron á usar frecuentemente, aun en las disputas filosóficas. Además siendo propio y singular de los teólogos Escolásticos haber unido la ciencia humana y divina

instruir los entendimientos en la fé. Pero la Iglesia, ora animada con las promesas de su Divino Autor, ora imitando su caridad, de tal suerte cumplió sus preceptos, que tuvo siempre por mira y fué su principal deseo enseñar la religion y luchar perpétuamente con los errores. A esto tienden los diligentes trabajos de cada uno de los obispos, á esto las leyes y decretos promulgados de los Concilios y en especial la cotidiana solicitud de los Romanos Pontífices, á quien como sucesores en el primado del bienaventurado Pedro príncipe de los Apóstoles, pertenecen el derecho y la obligacion de enseñar y confirmar á sus hermanos en la fé. Pero como, segun el aviso del Apóstol, *por la filosofía y la vana falacia* suelen ser engañadas las mentes de los fieles cristianos, y es corrompida la sinceridad de la fé en los hombres, los supremos Pastores de la Iglesia siempre juzgaron ser tambien propio de su mision, promover con todas sus fuerzas las ciencias que merecen tal nombre; y á la vez proveer con singular vigilancia para que las ciencias humanas se enseñasen en todas partes segun la regla de la fé católica, y en especial la filosofía, de la cual sin duda depende en gran parte la recta enseñanza de las demás ciencias. Ya Nos, venerables hermanos, os advertimos brevemente, entre otras cosas, esto mismo, cuando por primera vez nos hemos dirigido á vosotros por Cartas—Encíclicas, pero ahora por la gravedad del asunto y la condicion de los tiempos, nos vemos compelidos por segunda vez á tratar con vosotros de establecer para los estudios filosóficos un método que, no solo corresponda perfectamente al bien de la fé, sino que esté conforme con la misma dignidad de las ciencias humanas.

Si alguno fija la consideracion en la acerbidad de nuestros tiempos, y abraza con el pensamiento la condicion de las cosas que pública y privadamente se ejecutan, descubrirá sin duda que la causa fecunda de los males, tanto de aquellos que hoy nos oprimen como de los que tenemos, consiste en que los perversos principios sobre las cosas divinas y humanas, emanados hace tiempo en las escuelas de los filósofos, se han introducido en todos los órdenes de la sociedad, recibidos por el comun sufragio de muchos. Pues siendo natural al hombre que en el obrar tenga á la razon por guía, si en algo falta la inteligencia, fácilmente cae tambien en lo mismo la voluntad, y así acontece que la perversidad de las opiniones, cuyo asiento está en la inteligencia, influye en las acciones humanas y las pervierte. Por el contrario, si está sano el entendimiento del hombre y se apoya firmemente en sólidos y verdaderos principios, producirá muchos beneficios de pública y privada utilidad. Ciertamente no atribuimos tal fuerza y autoridad á

la filosofía humana que la creamos suficiente para rechazar y arrancar todos los errores, pues así como cuando al principio fué instituida la religion cristiana, el mundo tuvo la dicha de ser restituido á su dignidad primitiva, mediante la luz admirable de la fé, *no con las persuasivas palabras de la humana sabiduría, sino en la manifestacion del espíritu y de la virtud*, así tambien al presente debe esperarse principalmente del omnipotente poder de Dios y de su auxilio, que las inteligencias de los hombres, disipadas las tinieblas del error, vuelvan á la verdad. Pero no se han de despreciar y posponer los auxilios naturales, que por beneficio de la divina sabiduría, que dispone fuerte y suavemente todas las cosas, están á disposicion del género humano, entre cuyos auxilios consta ser el principal el recto uso de la filosofía. No en vano imprimió Dios en la mente humana la luz de la razon y dista tanto de pagar ó disminuir la añadida luz de la fé, la virtud de la inteligencia, que ántes bien la perfecciona, y aumentadas sus fuerzas la hace hábil para mayores empresas. Pide, pues, el orden de la misma Providencia que se pide apoyo aun á la ciencia humana al llamar á los pueblos á la fé y á la salud; industria plausible y sábia, que los monumentos de la antigüedad atestiguan haber sido practicada por los preclarísimos Padres de la Iglesia. Estos acostumbraron á ocupar la razon en muchos é importantes oficios, todos los que compendió brevísimamente el grande Agustino, *atribuyendo á esta ciencia.... aquello con que la fé salubérrima.... se engendra, se nutre, se defiende, se consolida.*

En primer, lugar, la filosofía, si se emplea debidamente por los sábios, puede de cierto allanar y facilitar de algun modo el camino á la verdadera fé y preparar convenientemente los ánimos de sus alumnos á recibir la revelacion; por lo cual, no sin justicia fué llamada por los antiguos, *ora prévia institucion á la fé, ora preludio y auxilio del cristianismo, ora pedagogo del Evangelio.*

Y en verdad, nuestro benignísimo Dios, en lo que toca á las cosas divinas, no nos manifestó solamente aquellas verdades para cuyo conocimiento es insuficiente la humana inteligencia, sino que manifestó tambien algunas, no del todo inaccesibles á la razon, para que, sobreviniendo la autoridad de Dios, al punto, y sin ninguna mezcla de error, se hiciesen á todos manifiestas. De aquí que los mismos sábios, iluminados tan solo por la razon natural, hayan conocido, demostrado y defendido con argumentos convenientes, algunas verdades que ó se proponen como objeto de fé divina, ó están unidas por ciertos estrechísimos lazos con la doctrina de la fé. *Porque*